

El mundo complaciente de la cultura latinoamericana

Por Tomás Linn

Hay un modo de ver la realidad, una impostación crítica y contestataria que está lejos de ser genuinamente crítica. Más bien expresa lugares comunes, mitos que al ser dichos con un aire socarrón y con pose de talento, es como si se supiera la verdad profunda de las cosas. Nunca se duda, todo se toma por verdadero y al hacerlo, cada uno está convencido de poseer el más combativo espíritu crítico, el más autónomo sentido individual. Y no es así. Esta cultura dominante, tiene dos efectos perniciosos sobre la consolidación democrática. Como es monopólica, impide la pluralidad, la diversidad, lo distinto. En consecuencia, asfixia la libertad. Pero el otro efecto es aún peor y es consecuencia del primero. Es un pensamiento francamente antidemocrático, un factor perturbador en la consolidación de democracias constitucionales modernas en nuestros países. Ante tal perspectiva, un viraje en la vida cultural que enriquezca la convivencia democrática, sólo puede darse con un recambio generacional que rompa la rigidez del pensamiento dominante, dé lugar a intelectuales abiertos y termine con los “unicatos” dogmáticos que convirtieron el pensamiento en una verdad revelada. Ese recambio debe producirse en la educación, en la cultura, en la literatura, en el mundo del espectáculo, del cine, el teatro y la música, en el pensamiento, la filosofía y en la vida académica. Pero una apertura cultural no debe crear un monopolio alternativo, con una propuesta de signo opuesto aunque de igual rigidez.

Tomás Linn es columnista de la revista “Búsqueda” desde 1989 y profesor de Periodismo en la Universidad Católica del Uruguay. Tras culminar sus estudios en la Escuela Superior de Periodismo (Instituto Grafotécnico) de Buenos Aires, inició su carrera en El Diario de Montevideo en 1974. Trabajó en radio, televisión y durante un breve período en la Agencia Reuters. Fue secretario de redacción de los semanarios Opción y Aquí en los años 80. Tiene un grado en Comunicación de la Universidad Católica de Uruguay y fue Humphrey Fellow en la Universidad de Maryland (College Park) entre 1995 y 1996. Escribió cuatro libros. Dos de ellos abordan temas periodísticos: “De Buena Fuente” (1989) y “Pasión, Rigor y Libertad” (1999). Los otros dos se refieren a temas de actualidad política: “Los Temas sobre la Mesa” (1994) y “Los Nabos de Siempre” (2004).



Las opiniones de los intelectuales en general y los escritores en particular, son muy atendidas en las sociedades latinoamericanas, porque se considera que expresan con elocuencia artística una visión cabal del mundo y de sus países. Por eso gozan de un peculiar prestigio entre el común de la gente, sea o no lectora. Recuerdo una oportunidad en que, junto con otros periodistas, almorzaba con Mario Benedetti en un restaurante del tradicional Mercado del Puerto de Montevideo. Alguien de una mesa cercana se acercó a saludar con entusiasmo al escritor más conocido de su país. “Nunca he leído nada suyo”, dijo con ingenua honestidad, “pero lo admiro profundamente”. Benedetti agradeció el elogio y le hizo gracia la situación. La anécdota ejemplifica el rol que juegan estos escritores y el respeto que generan, por encima de si se los lee o no.

“Nuestros intelectuales, mayoritariamente novelistas, poetas y ensayistas, fueron los constructores fundamentales de la imagen que tiene América Latina de sí misma y el mundo de ella (...). Se transformaron en los principales difusores de una cierta utopía latinoamericana que comenzó a desmoronarse en la última década con los cambios en el mundo de las ideas y sobre todo de la economía”. Así justificó el chileno Sergio Marras su libro, en que entrevistó a dieciséis escritores latinoamericanos para reflejar su visión del continente. Muchos de esos escritores creían que les correspondía ese papel, aunque no todos. El cubano Guillermo Cabrera Infante fue muy tajante: “El escritor tiene el papel con que escribe y nada más. Eso ya es suficiente”. Son poetas, novelistas, quizás filósofos y a veces entienden poco del quehacer político, pero hablan como un oráculo cuya opinión se transforma en la verdad revelada. El drama es que no reflejan una clara convicción democrática liberal, sino más bien admiran los modelos autoritarios que rigieron durante buena parte del siglo XX. Octavio Paz sintetizó bien ese concepto durante su entrevista en 1991, con Marras: “Alguna vez escribí que nuestros intelectuales eran los herederos de los teólogos neotomistas del siglo dieciséis. Exageré: el neotomismo fue una filosofía compleja y sutil mientras que el marxismo hispanoamericano no es sino una suma de vulgaridades, simplezas y obcecaciones”.

En esa línea, el más elemental de los entrevistados fue Benedetti. Desde su visión simplista (que tiene seguidores), subestimó el legado colonial, criollo o indígena y le importó sólo un aspecto: “creo que el común denominador de América Latina es tener un enemigo común: Estados Unidos”. Con esa ramplona lógica, rehusó entender el significado de la caída del mundo socialista (la entrevista se hizo en 1991) y siguió creyendo en la ilusión de “la revolución”. La democracia,

para él, no parecía ser un valor sino una ventaja ofrecida por la coyuntura. Por eso dijo que la izquierda debía “sacar provecho” de las constituciones para lograr sus objetivos.

Estas no eran buenas en sí mismas ni necesarias para garantizar la democracia, sino tan sólo útiles a su causa. Al ser preguntado si debía tenerse el poder total para hacer la revolución, contestó: “Eso sería lo mejor ¿verdad?”. No pasaba por su visión el concepto constitucional de un poder equilibradamente repartido, vigilado y controlado.

Estos autores se constituyeron en una casta cerrada. Todo escritor que piense distinto es descalificado y no se le cede lugar. Tampoco puede trabajar en otro ámbito, porque **no hay otro ámbito**. Hay un modo de ver la realidad, una impostación crítica y contestataria que está lejos de ser genuinamente crítica. Más bien expresa lugares comunes, mitos que al ser dichos con un aire socarrón y con pose de talento, es como si se supiera la verdad profunda de las cosas. Nunca se duda, todo se toma por verdadero y al hacerlo, cada uno está convencido de poseer el más combativo espíritu crítico, el más autónomo sentido individual. Y no es así. Para que una democracia tenga ciudadanos cuestionadores, la cultura monopólica en nuestro continente debería terminar. Sólo así será posible abrir cabezas, aceptar la diversidad y desde un honesto espíritu crítico, los ciudadanos volverse creativos, tolerantes y menos rígidos.

Esta cultura predominante fue alimentada por una distorsionadora expectativa de parte de académicos y lectores en Europa o Estados Unidos. Así lo señala Mark Falcoff, experto norteamericano en temas latinoamericanos, autor del libro *Una cultura propia; tomando en serio a América Latina* y afín a posturas republicanas. Falcoff sostiene que ese público tiene expectativas preconcebidas de qué cosas leer sobre América Latina, lo que termina contaminando su producción.

Al satisfacer a este público se disimulan otras expresiones culturales. Eso ayudó a consolidar el discurso monopólico. Según Falcoff: “la literatura latinoamericana logró meter una cuña en la gran corriente cultural de Occidente, como si fuera un primo exótico al que los occidentales se sienten obligados a darle un lugar en la mesa”. Esa cortesía se debe más a la incompreensión y al sentimiento de culpa de europeos y norteamericanos, que a una afinidad genuina. El autor reconoce que sería tonto de parte de los latinoamericanos no tomar ventaja de dicha situación. Reflexiona sobre el novelista Carlos Fuentes, que disfrutaba de notoriedad en círculos académicos norteamericanos al punto que generó una expectativa que se puede transformar “en

una amenaza a su autenticidad”. Dice Falcoff: “si se considera que la presencia de revolucionarios blandiendo machetes y recitando su teología de la liberación es lo que quiere el público consumidor de libros en Estados Unidos, es difícil imaginar que no sea eso lo que consiga”. El clásico de Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América Latina*, por ejemplo, fue traducido a casi todas las lenguas europeas y es demandado por ese mundo político y universitario “alternativo”.

Ese contrapunto de lo que busca la intelligentsia políticamente correcta y lo que ofrece la latinoamericana, consolida lo peor de ella y asfixia la posibilidad de que surjan nuevas voces, con otros enfoques menos estereotipados y más de acuerdo con una convivencia abierta y plural, donde las instituciones democráticas no sólo se respetan sino que se valoran. La lista de intelectuales norteamericanos y europeos especializados que reciben, procesan y luego relanzan la prédica ideológica de los pensantes latinoamericanos es larga. Quizás los nombres más emblemáticos sean Noam Chomsky, James Petras, Ignacio Ramonet y Alain Touraine.

La cultura tiene dueño y se hace desde una “pertenencia”, una membresía o una identificación donde lo ideológico y la adhesión a ciertas causas (la cubana entre ellas) son la prueba que permite ser parte de esa elite o dejar de existir. Se ve como natural que buena parte de sus autores sean afines al comunismo o al marxismo, lo cual a veces (no siempre) se refleja en la postura militante de su obra. Falcoff menciona un caso llamativo, el de Gabriel García Márquez, solidario amigo personal de Fidel Castro, pero cuya obra no tiene una particular carga política. Esa adhesión le dio a los intelectuales legitimidad en un club de auto promoción donde unos alaban las obras de otros. No faltó quien, en los 60 y 70, considerara que afiliarse al Partido Comunista permitía que el autor, poeta, músico o pintor contara con una agencia publicitaria internacional para divulgar su obra. En Argentina, los peronistas “progresistas” también se sumaron. Al que no es socio se le hace el vacío; peor será el castigo para quienes modificaron sus posturas. Octavio Paz fue mal mirado porque nunca adhirió a la revolución cubana y Mario Vargas Llosa, que renegó de ella tras haberla admirado, es un “traidor”. Hay otros casos interesantes como el del autor chileno Jorge Edwards que tras ser diplomático en Cuba, quedó tan impresionado que escribió *Persona non grata*.

Tras la disolución de la Unión Soviética, otros se sumaron moderadamente a la lista de críticos, pero no todas las conversiones fueron explicadas. Contra los más tibios arremetió Octavio Paz al ser preguntado por Marras sobre los intelectuales que fueron marxistas y ya no lo eran: “desconfío de esas súbitas conversiones

(...) Lo he dicho ya muchas veces: (desconfío) porque el cambio **no ha sido precedido por un examen público de conciencia y por una franca confesión de los errores cometidos**” (la negrita es mía).

Hay un “aparato” con su sello oficializador y sus medios que marcan por dónde debe pasar la cultura. Quien desea escribir, cantar, actuar e incluso pintar y pensar, debe ser avalado por ese “sello”. El aparato da su bendición a los miembros de la comunidad cultural, y maldice al resto. Se consolida, de ese modo, la homogeneización del discurso ya que todos dicen cosas similares; el talento se ve en decir lo mismo que el resto, con más ingenio y efectismo. Eso dio fama a gente como Eduardo Galeano. No dice cosas originales ni rigurosas; las dice con una pizca de picardía. La velocidad con que Galeano escribió *Las venas abiertas de América Latina* fue elogiada como muestra de su genio. Visto su contenido, habría que preguntarse si esa velocidad fue proporcional al rigor investigativo. Sus afirmaciones hubieran exigido tiempo de profunda y documentada investigación. La imagen del escritor como una persona de juicio crítico independiente que predica en la soledad del desierto, defendiendo valores humanísticos y liberales, no es real. Falcoff sostiene que “muchos escritores en América Latina han estado fuertemente atraídos al poder” y en especial “a ideologías no liberales o antiliberales”. A veces, dice, su relación con el poder fue “simbiótica” y menciona a autores que estuvieron en la planilla de pagos de los gobiernos de su país (fueran o no de izquierda), por lo general como diplomáticos: Rubén Darío, Alejo Carpentier (que criticó a Darío por hacerlo y luego él mismo aceptó una embajada dada por Castro), Pablo Neruda, Jorge Luis Borges como director de la Biblioteca Nacional argentina. Y los que no están en este circuito, aprovecharon las ventajas de la academia culposa del Norte, ya sea con cátedras bien pagas, ya sea con premios generosos que fundaciones afines otorgan a las luminarias **menos democráticas**, nunca a los liberales. La otra fuente que alimenta a estos intelectuales es Cuba misma. Son invitados a la isla, integran jurados literarios (el de Casa de las Américas), se expresan como los más eficaces propagandistas del régimen. García Márquez es atendido como huésped cuando viaja a Cuba donde tiene una casa asignada. Pero la popularidad de sus magníficos libros es mérito suyo. No en vano ganó el premio Nobel. Es difícil entender por qué insiste en defender lo indefendible. Su argumento de que gracias a esa amistad con Castro logró que muchos escritores cubanos sean liberados, si bien real, igual deja resquemores.

Existen ejemplos de esfuerzos para mantener una propuesta independiente de creación y pensamiento, que desaparecieron ante la asfixia. Un ejemplo es la revista

Sur de Buenos Aires, creada por Victoria Ocampo. En tiempos de Perón se la calificó de “europeísta” (pese a que la población tenía, y tiene, fuerte origen europeo) y apolítica, pese a que simpatizó con la causa republicana en España y fue pro-aliada en la Segunda Guerra (en una Argentina donde decirse “neutral” equivalía a tener simpatías nazis). Al observar su evolución de cuatro décadas, Falcoff cree que su cierre se debió a que no pudo sobrevivir al clima de una cultura que promovía otros valores y copaba espacios para imponer una línea ideológica.

Ello se hizo patente cuando, contra la corriente, Sur no adhirió a Fidel Castro. Es curioso, pero las tres causas con que se embanderó Sur (pro-república española, pro-aliada y contra Cuba), muestran una consistente convicción democrática.

Esta cultura dominante, tiene dos efectos perniciosos sobre la consolidación democrática. Como es monopólica, impide la pluralidad, la diversidad, lo distinto. En consecuencia, asfixia la libertad. Pero el otro efecto es aún peor y es consecuencia del primero. Es un pensamiento francamente antidemocrático, **un factor perturbador en la consolidación de democracias constitucionales modernas** en nuestros países.

La rigidez monopólica domina en dos ámbitos de la vida intelectual. Uno es el académico. Allí lo ideológico tiñe la investigación en temas de ciencias sociales y atenta contra todo rigor. Con la caída de las dictaduras en la década de los 80, la academia asumió la idea de democracia para luego replantearla desde su perspectiva sesgada. Sus pares del resto del mundo detectan ese escaso rigor, aunque lo disimulan para no caer en la incorrección política de despreciar a los latinoamericanos. El otro ámbito es el de novelistas, músicos, poetas y dramaturgos que sí son muy escuchados, pese a que sus conocimientos de política son mínimos por vivir en un contexto tan cerrado.

Ante tal perspectiva, un viraje en la vida cultural que enriquezca la convivencia democrática, sólo puede darse con un recambio generacional que rompa la rigidez del pensamiento dominante, dé lugar a intelectuales abiertos y termine con los “unicatos” dogmáticos que convirtieron el pensamiento en una verdad revelada. Ese recambio debe producirse en la educación, en la cultura, en la literatura, en el mundo del espectáculo, del cine, el teatro y la música, en el pensamiento, la filosofía y en la vida académica. En este último terreno, el crecimiento de algunas universidades privadas podrían romper el monopolio intelectual, ofreciendo aire fresco a las formas de pensar.

Un simple lector, puede descubrir autores más jóvenes con autonomía de vuelo, como el chileno Alberto Fuguet o el peruano Jaime Bayly (por mencionar apenas dos

nombres muy difundidos). Sus novelas van a contramano de la cultura dominante. Quizás sean de izquierda, no sé y no es importante.

Su trabajo es irreverente y no parecen necesitar padrinazgos ideológicos. Fuguet vivió un tiempo en Estados Unidos y se nota en su ágil estilo narrativo. Sus libros hacen referencia a ese país (también sucede con Bayly) de forma natural, como algo que se da por sentado y para lo cual no cree que deba justificarse. Ambos, y en particular Bayly que suele tratar el tema de la homosexualidad, son críticos de su entorno desde una postura sin esquemas previsibles. Cuestionan la apacible facilidad con que sus sociedades dan por bueno lo existente.

Pero no repiten discursos viejos. Su aporte a las democracias de sus países, no es explícito sino que está en la saludable bocanada de aire fresco que ofrecen.

Están además los veteranos que rompieron los moldes. Mario Vargas Llosa dejó atrás esos lazos y desarrolló (hasta convertirse en referencia) un pensamiento liberal, abierto y temerario. Su peso es tal que no puede ser minimizado. En México, Octavio Paz, ganador del Premio Nobel fue un adelantado en su terca independencia. Tuvo éxito pese al vacío que tantas veces se le hizo. Fundó la revista *Vuelta* para difundir una cultura “no oficial” y discutir ideas heterodoxas, algo que fue bueno y necesario para México. Cumplió quizás un rol similar al que en Francia le cupo a Raymond Aron, que enfrentó solo el embate de grandes intelectuales de discurso anti-liberal como Jean Paul Sartre.

La revista se continuó luego a través de otra, *Letras Libres*, dirigida por el también mexicano Enrique Krauze, no sólo dilecto discípulo de Paz, sino también un pensador independiente en un mundo donde lo sabio parece ser “alinearse”. Su obra se dirigió a investigar una historia “no oficial” de México, y rescatar una constante línea de pensamiento liberal en un país que siempre intentó ahogarla. Basta ver la obra muralista de José Clemente Orozco, Diego Rivera o David Alfaro Siqueiros en México, para comprobar como el talento creativo es puesto al servicio de una ideología, al punto que descalifica la sustancia (no la forma) de su trabajo. Los murales de Rivero en la sede del Gobierno mexicano (el Palacio Nacional) en el Zócalo, son impresionantes y despliegan un exuberante alarde de genialidad. Pero la temática es de un grotesco maniqueísmo que sin embargo cumplió el rol de imponer una visión funcional de la identidad de México, ajena a toda lectura liberal y democrática.

Con estas observaciones, no pretendo sugerir que una nueva generación haga lo opuesto a lo de sus antecesores, porque volvería a frustrar todo intento de perfeccionar estas democracias. Si ciertas visiones le marcaron el paso

a la vida cultural, sería nefasto que ahora eso sea barrido por otras formas contrarias a la predominante. Una apertura cultural no debe crear un monopolio alternativo, con una propuesta de signo opuesto aunque de igual rigidez. Ello llevaría a otra asfixiante tontería. Estos cambios deben surgir por su propio empuje y sin padrinos. No corresponde a un gobierno cambiar esta realidad nociva de la cultura latinoamericana. Sería un error pensar que se necesitan “políticas de Estado” para alentar el desarrollo cultural. El único rol que cabe a los gobiernos, al ser responsables de administrar espacios y territorios, es facilitar los lugares y los tiempos que contribuyan a generar la cultura, pero no hacerla ellos mismos. Lidiar con el tema de la cultura (como con tantos otros asuntos en una sociedad democrática) es algo que corresponde a los ciudadanos. Debe ser la propia gente quien rompa estos asfixiantes micromundos (por cierto adictivos) y terminar con el principio de que la cultura es un coto de caza cerrado.

Los medios son parte del problema. Hubo una época, décadas atrás, en que los grandes diarios y revistas pensaban que era bueno que ellos se hicieran cargo de la línea editorial en temas de política y economía, pero dejaron a los “progresistas” las secciones culturales. Eran liberales en la cobertura de las secciones tradicionales, pero cedían con generosidad la “información cultural” a la ortodoxia ideológica, pese a no compartirla. Creían que de ese modo, las “roscas intelectuales” les traspasaban prestigio prestado y legitimaban sus culposas posturas liberales. Se equivocaron. Al ceder los espacios a estos “concesionarios”, reforzaron el monopolio sin que los medios perdieran el estigma de ser “conservadores”.

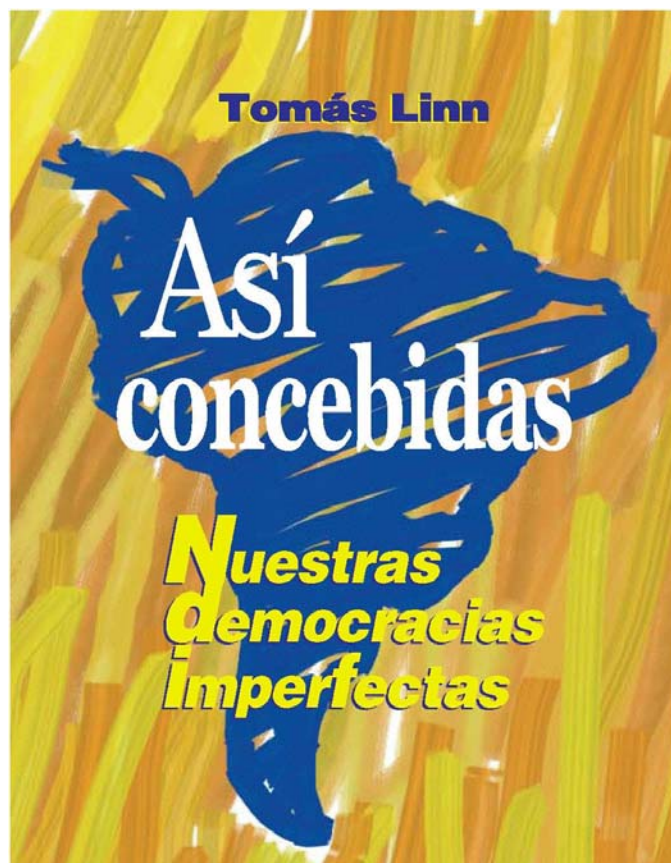
El terreno que se entregó en el campo de las ideas fue inmensurable y significó un atraso en el sano y desinhibido debate en favor de la democracia. Llegó, sin duda, la hora de revertir la estrategia y abrir el juego, para que los lectores y el público vean que hay algo más en la vida cultural, que el puñado de íconos al que se han acostumbrado.

Revertirlo no es fácil, por cuanto ese monopolio creó

un poder. O al menos, un efectivo poder de veto. A comienzos de 2003 en Uruguay, un reconocido sello editorial español y la embajada de dicho país, formaron un tribunal literario para otorgar un premio que llevaba el nombre del más conocido autor uruguayo del siglo XX, Juan Carlos Onetti. Una de las personas invitadas a integrar el tribunal fue el ex presidente de Uruguay, Julio María Sanguinetti, autor en ese entonces de la exitosa biografía *El doctor Figari*, abogado que en su madurez se transformó en renombrado pintor. La designación causó escándalo y 79 escritores presentaron una carta para cuestionar a Sanguinetti. La objeción se refería a que siendo presidente, mantuvo una cuestionable política en el esclarecimiento de desapariciones ocurridas durante la dictadura.

Como todo en política, la crítica a Sanguinetti podía ser válida. Pero en definitiva su estrategia no pasaba de ser su modo de enfrentar temas sensibles sobre episodios que no sucedieron siendo él presidente, sino dos décadas antes, en una dictadura de la que nunca participó. Gobiernos posteriores al suyo ensayaron otras fórmulas que también generaron controversia. Lo que debió ser una legítima discrepancia, adquirió dimensión de dogma. Un compacto espíritu de cuerpo en la elite intelectual vetó que alguien de afuera entrara al “club”, mostrándole al país dónde estaba el verdadero poder para decidir quienes eran sus pares. Lo insultante de esa declaración firmada por 79 escritores, más que su contenido fue su unanimidad. No hubo resquicios para que emergieran reparos, opiniones en disenso, y menos aún autonomía intelectual, actitud que suele considerarse expresión de inteligencia e independencia como corresponde a todo intelectual que se precie.

Era posible tener reparos a las ideas políticas de Sanguinetti o a su gestión en un tema sensible como la revisión del pasado dictatorial. Pero en una democracia, las discrepancias no dan pie a un veto intransigente. Por eso, insisto, es tan necesario estimular el desarrollo de una expresión cultural que crezca por fuera del cenáculo, con saludable pluralidad.



Hubo euforia en toda América Latina cuando empezaron a caer las dictaduras de los años 70 y el mapa del continente se tiñó de color democrático. Sin embargo, 25 años después, estas desnudan sus imperfecciones. El desprecio al ciudadano en su vida cotidiana menoscaba a la propia democracia. Quedan sin resolver los dramas de la seguridad, la educación, la economía. Los parlamentos derrocan gobiernos. Crece el reclamo de “que se vayan todos”. Surgen autócratas elegidos por voto popular y aparecen constituciones “inconstitucionales”. La religión oficial interfiere en lo político o se impone la intolerancia cuando rige el secularismo jacobino. Sigue consolidada una cultura antidemocrática y los modelos predicados suelen ser dictaduras vergonzosas.

Tomás Linn analiza el problema y plantea el desafío de sortearlo. Este ensayo refleja sus reflexiones personales y sistematiza una obsesión (compartida por mucha gente) que ha ido planteando a lo largo de los años como columnista.

Basado en la realidad de América Latina, observada desde lo más cercano (Uruguay) a lo más lejano, el autor quiere rescatar la visión “clásica” de la democracia constitucional y liberal para proyectarla y ajustarla a las exigencias del siglo XXI. Ante tantos tropiezos, fruto de fórmulas fallidas, lo clásico se torna contemporáneo y necesario y a eso apuesta Linn para consolidar las democracias en nuestros países.

Acerca del autor

Tomás Linn es columnista de la revista “Búsqueda” desde 1989 y profesor de Periodismo en la Universidad Católica del Uruguay. Tras culminar sus estudios en la Escuela Superior de Periodismo (Instituto Grafotécnico) de Buenos Aires, inició su carrera en El Diario de Montevideo en 1974. Trabajó en radio, televisión y durante un breve período en la Agencia Reuters. Fue secretario de redacción de los semanarios Opción y Aquí en los años 80. Tiene un grado en Comunicación de la Universidad Católica de Uruguay y fue Humphrey Fellow en la Universidad de Maryland (College Park) entre 1995 y 1996. Escribió cuatro libros. Dos de ellos abordan temas periodísticos: “De Buena Fuente” (1989) y “Pasión, Rigor y Libertad” (1999). Los otros dos se refieren a temas de actualidad política: “Los Temas sobre la Mesa” (1994) y “Los Nabos de Siempre” (2004).



Adquiéralo en las principales librerías